CAMOMILA STUDIO · BIBLIOTECA

Relatos para leer *despacio*

Doce relatos breves de árboles, estaciones y gente sin prisa



Camomila Studio

OTOÑO DE 2026

Índice

Historias breves para leer sin prisa, entre cinco y diez minutos cada una: lo que dura un té. Van en el orden en que pasan: se pueden leer de corrido, como un libro, o empezar por cualquiera.



El banco *del tilo*
6 MIN — 4



Luna *de enero*
4 MIN — 10

El jardín *de los martes*
5 MIN — 14



Lo que guardaba *Ramona*
6 MIN — 19



Yesca
5 MIN — 25



Huellas
4 MIN — 30



Escarcha
4 MIN — 34



Niebla *en el puerto*
5 MIN — 39



Agosto *en la ciudad*
8 MIN — 44



Cascar nueces *en noviembre*
5 MIN
51



Lo que *la nieve se lleva*
4 MIN
56



Lo que se deja *para las abejas*
8 MIN
60



RELATO · 6 MIN DE LECTURA

El banco *del tilo*

Sobre esperar sin esperar nada, y un árbol que lo sabía.

Cada tarde, a las seis, Elvira bajaba a la plaza con su chaqueta de punto, aunque hiciera calor. Tenía setenta y tantos años, el pelo blanco recogido en un moño y unas manos pequeñas y fuertes, de haber trabajado mucho. Se sentaba siempre en el mismo banco, el que queda bajo el tilo grande. No llevaba libro ni bolsa. Ponía las manos sobre las rodillas y miraba hacia arriba, hacia las ramas, como quien escucha una conversación ajena.

Los vecinos se habían acostumbrado a ella del mismo modo que se habían acostumbrado al tilo: estaba ahí, sin más. El panadero la saludaba al cerrar la persiana. Las madres que volvían del colegio la esquivaban con los carritos. Nadie le preguntaba nada, porque en la plaza había una regla que nadie había escrito: a la gente que está tranquila no se la molesta.

Candela no conocía esa regla. Tenía nueve años, una mochila que pesaba más que ella y una pregunta para cada cosa que veía. Una tarde de junio, mientras su madre hacía cola en la farmacia, se plantó delante del banco.

—¿Qué haces?

Elvira bajó la vista de las ramas despacio, como si volviera de lejos.

—Espero.

—¿A quién?

—A nadie —dijo ella—. Espero a que el árbol se mueva.

Candela miró el tilo con desconfianza. Era un árbol enorme, de tronco gris y hojas con forma de corazón, y en ese momento estaba completamente quieto. Ni una hoja. Ni un pájaro.

—Pues no se mueve —dijo.

—Todavía no.

La niña se quitó la mochila, la dejó en el suelo y se sentó en la otra punta del banco, con los brazos cruzados, dispuesta a demostrar que aquello era una tontería.

Al principio, contó. Contó los coches que daban la vuelta a la plaza, que fueron tres. Contó las palomas que picoteaban junto a la fuente, que eran nueve, o diez si se contaba una coja que no paraba quieta. Contó las veces que su madre avanzaba en la cola de la farmacia, que fueron dos. Luego se cansó de contar.

Fue entonces cuando empezó a oír cosas. El chorro de la fuente, que sonaba distinto cuando una paloma se metía debajo. La persiana de la panadería de su padre, bajando a trompicones. Un televisor encendido en algún balcón, con el volumen de las abuelas. Y, por encima de todo, un zumbido grave y continuo que parecía venir del cielo.

—¿Qué es eso?

Elvira señaló hacia arriba sin mirar.

—Abejas. El tilo está en flor. Vienen de todo el barrio.

Candela levantó la cabeza. Entre las hojas colgaban racimos de florecillas amarillas, pequeñas como botones, y alrededor de ellas iban y venían cientos de puntitos. Olía a algo dulce que no supo nombrar.

—Con esas flores se hace la tila —dijo Elvira—. Mi madre las cogía en junio y las secaba en el desván, encima de un periódico. Toda la casa olía así hasta Navidad.

—¿Y para qué es la tila?

—Para cuando uno va demasiado deprisa.

Candela pensó que eso no era una enfermedad, pero no dijo nada. Su madre salió de la farmacia y la llamó desde la acera. Ella recogió la mochila, decepcionada.

—No se ha movido —protestó.

—Hoy no —dijo Elvira—. Los árboles no tienen reloj.

Al día siguiente volvió. No lo había planeado. Simplemente, a las seis menos cinco, convenció a su madre de que necesitaba un cuaderno de la papelería de la plaza, y mientras su madre elegía, ella cruzó hasta el banco.

Elvira ya estaba allí. Le hizo sitio sin decir nada, como si la estuviera esperando. Aunque luego Candela pensó que quizá no, que quizá ella le hacía sitio a todo el mundo.

Esa tarde tampoco se movió el árbol. Ni la siguiente. Pero Candela descubrió que en el banco pasaban cosas. Que las hormigas tenían un camino que iba desde una grieta del suelo hasta una miga de

bocadillo, y que nunca se equivocaban. Que los vencejos chillaban más fuerte cuando el sol tocaba el campanario. Que el señor Anselmo, el del quiosco, se quedaba dormido a las seis y cuarto con el periódico sobre la tripa y se despertaba de golpe a las seis y media, como si alguien lo hubiera llamado. Que la luz, al atravesar las hojas, dibujaba en el suelo monedas que temblaban.

—¿Tú por qué vienes? —le preguntó una tarde.

Elvira tardó en contestar.

—Trabajé cuarenta años en una fábrica de galletas —dijo al fin—. Allí todo era deprisa: la cinta, las cajas, el autobús, la cena. Cuando me jubilé, me sobraba el tiempo y no sabía qué hacer con él. Me ponía nerviosa estar quieta. Un día me senté aquí a descansar, y este árbol, que tiene más de cien años, estaba tan tranquilo. No tenía prisa por nada. Y pensé: si él puede, yo también puedo aprender.

—¿Y has aprendido?

—Un poco. Todavía me cuestan los lunes.

Candela se rió, y Elvira también.

Llegó julio, y con él el calor de verdad, ese que deja la plaza vacía hasta que el sol se esconde detrás de la iglesia. Una tarde, el aire estaba tan quieto que parecía de cristal. Las abejas zumbaban más despacio. Hasta las palomas se habían refugiado bajo el soportal.

Candela ya no contaba nada. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el banco, la espalda contra el respaldo, mirando las hojas sin buscar nada en particular. Pensaba en la piscina, en un tebeo que le había prestado su primo, en nada. Pasó un minuto. Luego otro.

Entonces llegó el viento.

Lo oyó antes de sentirlo: un rumor que subía desde el río por la calle de abajo, como si alguien arrastrara una sábana enorme por los tejados. Y de pronto el tilo entero despertó. Todas las hojas giraron a la vez y enseñaron su cara de abajo, blanca y plateada. El árbol pasó del verde al plata en un instante, y luego al verde otra vez, y al plata, como un banco de peces que cambia de dirección en el agua. Llovieron flores sobre el banco, sobre el pelo de Elvira, sobre las rodillas de Candela. Olía a tila, a polvo mojado, a verano.

Duró poco. Medio minuto, quizá. Después el aire se calmó y el árbol volvió a quedarse quieto, como si no hubiera pasado nada.

Candela abrió la boca, pero no dijo nada. No hacía falta.

Elvira le quitó una flor del pelo y se la dio.

—Para que la seques —dijo.

Desde entonces, a las seis, siempre hubo dos personas en el banco.

Candela aprendió a llegar sin prisa, a sentarse sin preguntar y a esperar sin esperar nada. A veces el árbol se movía y a veces no, y descubrió que las dos cosas estaban bien.

A finales de agosto, Mateo, su hermano pequeño, se paró delante del banco con una pelota bajo el brazo y las miró con el ceño fruncido.

—¿Qué hacéis?

Candela miró a Elvira. Elvira miró al tilo. Y Candela, muy seria, contestó:

—Esperamos.

—¿A quién?

—A nadie. Esperamos a que el árbol se mueva.

Mateo se quedó un momento callado. Luego dejó la pelota en el suelo y se sentó en la punta del banco, con los brazos cruzados, dispuesto a demostrar que aquello era una tontería.

Elvira sonrió y volvió a mirar hacia arriba.





RELATO · 4 MIN DE LECTURA

Luna *de enero*

Sobre un panadero, un invierno difícil y una luz que nunca se fue.

Andrés salía de casa a las cuatro menos cuarto de la madrugada, cuando el barrio era todavía de los gatos y de los camiones de la basura. Llevaba treinta años haciendo el mismo camino: tres calles cuesta abajo, la plaza del tilo, la persiana verde de la panadería. Treinta años levantando esa persiana a oscuras, encendiendo el horno y hundiendo las manos en la masa mientras el resto del mundo dormía.

Aquel diciembre caminaba mirando al suelo. En otoño habían abierto un supermercado grande a la salida del barrio, con aparcamiento y un pan que no se acababa nunca, y desde entonces le sobraban barras cada tarde. Andrés hacía cuentas por el camino: la harina, la luz, el alquiler del local. Las cuentas no salían, y él las repetía como si a fuerza de repetirlas fueran a cambiar.

Aquellas madrugadas no hubo luna. O eso creyó él, que tampoco la buscó.

Una tarde, al volver a casa después de cerrar, se paró en un paso de cebra y, mientras esperaba, levantó la cabeza sin ningún motivo. Allí estaba: una luna pálida en mitad del cielo azul, a plena luz, medio borrada, como un dibujo hecho con tiza y luego frotado con la manga. Tenía forma de D.

Se acordó de su madre, que tendía la ropa en la azotea y le decía, señalando hacia arriba con una pinza: «La luna es mentirosa, Andrés. Cuando hace una D, crece; cuando hace una C, decrece. Dice lo contrario de lo que es». Hacía cuarenta años que no pensaba en eso. Le sorprendió acordarse, y le sorprendió todavía más que la luna estuviera ahí, de día, sin que nadie la mirara.

El semáforo se puso en verde. Tardó un poco en cruzar.

La segunda semana de enero fue la peor. El proveedor subió el precio de la harina, el horno empezó a hacer un ruido que no le gustaba y una tarde, haciendo cuentas en la trastienda, Andrés escribió en un papel la fecha en que, si nada cambiaba, tendría que cerrar. Luego rompió el papel. Luego volvió a escribirla en otro.

Esa madrugada salió de casa con el cuerpo pesado. Y al bajar la cuesta, se encontró la calle iluminada.

No eran las farolas. La luna llena estaba enorme y altísima, más alta de lo que la recordaba nunca, y bañaba los tejados, los coches y las aceras con una luz blanca y fría que dejaba sombras nítidas, como de día. En la plaza, el tilo desnudo dibujaba en el suelo todas sus ramas. Andrés se paró en medio de la plaza, con las manos en los bolsillos, y se quedó mirando hacia arriba.

Había leído en algún sitio, o se lo había oído a alguien en la cola del pan, que en invierno la luna llena sube más que en ningún otro momento del año y se queda más horas en el cielo. Las noches más largas son también las que más luna tienen. Le pareció una cosa justa.

La luna no le arregló nada. Las cuentas seguían sin salir. Pero estuvo un minuto entero sin pensar en ellas, y luego otro, y cuando por fin levantó la persiana tenía las manos frías y la cabeza un poco más despejada.

En febrero las cosas mejoraron algo. No fue un milagro. Algunos vecinos que se habían ido al supermercado volvieron, porque aquel pan al día siguiente no había quien lo mordiera. Elvira, la señora del moño blanco que se sentaba en el banco del tilo con Candela y Mateo, sus hijos, empezó a comprar media barra cada tarde antes de ir al banco. Y un sábado entró Mateo, su hijo pequeño, con una pelota bajo el brazo, y le pidió «el pan redondo de antes, el que tiene una cruz». Andrés volvió a hacerlo, solo por él, y se vendieron todos.

Ahora, al salir de casa, buscaba la luna antes de echar a andar. Casi siempre estaba: a veces alta sobre la plaza, a veces baja detrás de la iglesia, cada madrugada un poco más delgada, una C cada vez más fina. Decrecía, aunque dijera lo contrario. A Andrés le hacía gracia que fuera mentirosa.

Una de aquellas madrugadas, cuando la C era ya solo un hilo sobre la iglesia, Andrés vio algo que no había visto nunca: el resto del círculo también estaba allí, gris y muy tenue, como una moneda vieja al fondo de un estanque. La luna entera, aunque solo se

encendiera un borde. Pensó en las madrugadas de diciembre, cuando creyó que no había luna. Había estado allí todo el tiempo, él solo había dejado de mirar.

Una madrugada de marzo, cuando ya tenía la masa sobre la mesa, la luz cambió.

La luna, que esa noche volvía a estar llena y bajaba ya hacia los tejados, entró por la ventana alta del obrador. Cayó sobre la mesa de madera, sobre la harina extendida, y dibujó en ella un círculo blanco, un poco más blanco que lo blanco.

Andrés sacó las manos de la masa. Se quedó quieto, con los dedos llenos de harina, observando con calma, esperando a que la luz se moviera sola.



RELATO · 5 MIN DE LECTURA

El jardín *de los martes*

Sobre dos amigas, un solar vacío y las flores que ya estaban.

Llegamos al barrio en febrero, cuando ya nadie llega a ningún sitio. A mi padre le habían dado trabajo en la fábrica de harinas y nos mudamos a un cuarto piso que olía a pintura, con una ventana que daba a un solar.

El solar era lo único que yo veía desde mi cuarto. Un hueco entre dos edificios, donde antes había habido una casa, con un muro de ladrillo a medio caer, una valla con un agujero y un montón de cascotes cubiertos de hierba. Los demás niños no lo miraban. Yo no tenía otra cosa que mirar.

En el colegio me sentaron al lado de Candela, que hablaba por las dos. En la primera hora ya me había contado que vivía en mi mismo portal, en el segundo, que su padre era el panadero de la plaza, que tenía un hermano insoportable, que su perro se llamaba Pistón y que los martes su madre trabajaba hasta las ocho. Yo le dije que la mía también.

—Entonces los martes son nuestros, Nora —dijo, como quien firma algo.

El primer martes nos sentamos en el portal a no hacer nada. El segundo, Candela se asomó por el agujero de la valla.

—Ahí se podría hacer un jardín.

Me pareció lo más raro que había oído nunca, y también lo mejor.

No sabíamos nada de jardines. Sabíamos que hacía falta tierra, y de eso había, aunque llena de piedras. Sabíamos que hacía falta agua, y la señora Paca, la portera, nos dejó llenar una garrafa en el grifo del patio a cambio de no pisarle lo fregado. Lo que no teníamos eran semillas.

—En mi casa hay lentejas —dijo Candela.

Plantamos medio paquete de lentejas en una fila torcida y, en otra fila, garbanzos. Yo hice un cartel con un palo y la tapa de una caja de zapatos: JARDÍN DE LOS MARTES. PROHIBIDO PASAR. Lo clavamos entre los cascotes.

Las lentejas salieron. Todavía me parece un milagro. A la semana siguiente había una hilera de hilitos verdes, finos como pelos, que se doblaban con el aire. Los garbanzos no salieron nunca. Candela dice que porque los pisó Pistón; yo creo que los regamos demasiado.

Un martes trajimos flores del parque, arrancadas con raíz y todo, envueltas en papel de periódico. Eran amarillas y muy bonitas, y en el solar duraron dos días. El martes siguiente estaban tumbadas y marrones, como si les diera vergüenza.

—Aquí no les gusta —dijo Candela.

Estábamos sentadas en el muro, tristes, cuando me fijé en el suelo, al lado de mis zapatos. Había unas flores pequeñas, blancas, con el centro amarillo, del tamaño de un botón. Muchas. Salían entre los cascotes, al pie de la valla, en las grietas del muro. Llevaban allí todo el tiempo y no las habíamos visto porque estábamos ocupadas plantando otras.

—Margaritas —dije.

—Esas no cuentan —dijo Candela—. No las hemos puesto nosotras.

Discutimos. Fue nuestra primera pelea. Ella decía que un jardín es lo que tú plantas, y yo, que un jardín es lo que crece. Al final Candela se fue a su casa sin despedirse y yo me quedé sola en el solar, quitando hierbas alrededor de las margaritas para que se vieran mejor, muy enfadada.

Esa semana casi no nos hablamos en el colegio. Pero el martes, a las cinco, Candela bajó al portal con dos cucharas soperas y una regadera de juguete de su hermano.

—Para las tuyas, Nora —dijo. Y ya no hizo falta decir nada más.

Aquella primavera aprendimos cosas sin que nadie nos las enseñara. Que las margaritas se cierran por la noche y cuando está nublado, y se abren con el sol, como si alguien encendiera y apagara el jardín. Que las hormigas no hacen daño. Que una piedra caliente es el mejor sitio para una lagartija y que la lagartija siempre es más rápida que tú. Que si levantas los cascotes despacio, debajo hay lombrices, y que Candela grita con las lombrices aunque diga que no.

Un martes fuimos a la droguería del centro a comprar semillas de verdad con lo que teníamos en las huchas. Para llegar había que cruzar la plaza vieja, la del tilo grande. Debajo del árbol, en un banco, había una señora mayor con el pelo blanco recogido en un moño y, a su lado, Mateo, el hermano de Candela. Estaban sentados sin hacer nada, mirando hacia arriba.

—¿Qué hacen? —pregunté.

—Esperan a que el árbol se mueva —dijo Candela, como si fuera lo más normal del mundo—. Lo hacen todas las tardes. Los otros días voy yo también.

Nos quedamos un momento mirándolos. El árbol no se movió. Seguimos andando.

Compramos un sobre de capuchinas porque en el dibujo eran naranjas y parecían fáciles. Salieron tres. Las pusimos al lado de las margaritas, para que se hicieran compañía.

En junio, el último martes antes de las vacaciones, nos quedamos en el solar hasta tarde. Habíamos limpiado tanto alrededor de las margaritas que ya se veían desde mi ventana, como una mancha blanca entre los ladrillos. Las lentejas se habían secado hacía tiempo. Las capuchinas trepaban por la valla.

Nos sentamos en el muro y Candela empezó a cantar *Martinillo*, que nos habían enseñado en música. Cuando iba por el segundo verso, empecé yo desde el principio, como en clase, y durante un rato nuestras voces se persiguieron por el solar sin alcanzarse, una detrás de otra, hasta que nos dio la risa y nos perdimos las dos.

La señora Paca se asomó al patio y nos llamó por el nombre y los dos apellidos, que era lo que hacía cuando daban las ocho.

Recogimos las cucharas y la regadera. Antes de cruzar la valla me volví a mirar. El sol se había ido detrás del edificio de enfrente, y las margaritas, una a una, se estaban cerrando.





RELATO · 6 MIN DE LECTURA

Lo que guardaba *Ramona*

Sobre las bellotas, un pájaro desmemoriado y plantar para quien venga.

Nadie sabía cuántas bellotas llevaba en el bolsillo del delantal, ni para qué. Ramona tenía ochenta y un años, una casa encalada al final de la calle Real y la costumbre de salir a andar todas las tardes de otoño con un bastón de fresno que no necesitaba para nada. Volvía al anochecer con los zapatos llenos de tierra y el bolsillo más ligero.

En el pueblo había teorías. Que se las daba a los cerdos de su sobrino. Que hacía harina con ellas, como en los años malos. Que se le había ido un poco la cabeza. Ramona oía las teorías en la tienda y no corregía ninguna.

Inés llegó en septiembre para hacerse cargo de la escuela, que tenía once alumnos y una estufa de leña. Venía de la ciudad, de un piso con vistas a otro piso, y las primeras semanas el silencio del pueblo le pesaba como un abrigo mojado. Por las tardes, después de corregir, salía a caminar sin rumbo, solo por oír sus propios pasos.

Así fue como se cruzó con Ramona en el camino del cerro.

El cerro estaba detrás del pueblo, pelado y pardo, con alguna jara y muchas piedras. Desde abajo parecía la espalda de un animal dormido. Ramona subía por una vereda de cabras, despacio, parándose cada pocos pasos. Inés la vio hacer un agujero con la punta del bastón, sacar algo del bolsillo, meterlo dentro y taparlo con el pie. Luego dio tres pasos y repitió la operación.

—Buenas tardes —dijo Inés.

—Eso dicen —contestó Ramona, sin levantar la vista.

Inés se quedó mirando. Ramona hizo otro agujero.

—¿Qué está sembrando?

—Encinas.

Inés miró alrededor: piedra, polvo, una jara seca.

—Si aquí no crece nada.

—Ahora no —dijo Ramona—. Cuando yo era moza, esto era un encinar. Se quemó el verano que cumplí veinte años. Ardió tres días. Desde el pueblo se veía el resplandor por la noche, como si estuviera amaneciendo por el lado equivocado.

Se apoyó en el bastón y miró la ladera como si la viera de otra manera.

—Aquí tenía mi padre las colmenas. Y había una encina tan grande que debajo cabía una boda entera. Casi todas las de mi quinta nos casamos a su sombra.

—¿Y nadie la volvió a plantar?

—Una encina tarda mucho —dijo Ramona—. Y la gente tiene prisa por cosas que se vean.

A la tarde siguiente, Inés volvió a subir. Y a la otra. No lo decidió: los pies la llevaban. Ramona no dijo nada la primera vez que la encontró esperándola en la vereda, pero al llegar a la jara seca le puso un puñado de bellotas en la mano.

Eran pardas, brillantes, con su gorrito rugoso. Algunas tenían un agujerito diminuto.

—Esas no —dijo Ramona, quitándoselas—. Esas ya tienen inquilino.

Le enseñó a elegir las sanas, a hacer el agujero no muy hondo, de dos dedos, a ponerlas tumbadas y a pisar después, sin fuerza, como quien arropa a alguien. Le enseñó a buscar el lado de las piedras donde la tierra guarda la humedad.

—¿Cuántas salen? —preguntó Inés.

—Pocas. Las que no se comen los ratones, ni se secan, ni pisan las cabras.

—¿Y entonces?

—Entonces se plantan muchas.

Mientras trabajaban, un pájaro cruzó la ladera con un vuelo torpe, ondulado, y se posó en una piedra. Era pardo rosado, con una mancha azul en el ala. Llevaba algo en el pico.

—Mira —dijo Ramona en voz baja—. El arrendajo.

El pájaro saltó al suelo, escarbó un poco, dejó caer lo que llevaba y lo tapó con hojas. Luego se fue.

—Ha escondido una bellota —dijo Inés.

—Esconde cientos en otoño, para el invierno. Y se olvida de muchas. —Ramona sonrió por primera vez desde que Inés la conocía —. Media sierra la plantó un pájaro desmemoriado. Yo solo le echo una mano.

El invierno fue largo y llovió lo justo. En primavera, Inés llevó a los once alumnos de excursión al cerro, con la excusa de estudiar las plantas. Buscaron entre las piedras casi una hora sin encontrar nada, y cuando los niños ya protestaban, Tomás, el de la casa del nogal, gritó desde detrás de una roca.

Era un tallito rojizo, no más alto que un dedo, con dos hojas duras y el borde lleno de pinchos diminutos. Parecía muy poca cosa para llamarse encina.

—¿Esto va a ser un árbol? —preguntó Tomás, decepcionado.

—Algún día —dijo Inés, y se dio cuenta de que había hablado igual que Ramona.

Aquella tarde fue a contárselo. Ramona la escuchó sentada en el poyo de la puerta, pelando habas, y asintió como si le dieran noticias de un nieto.

—¿Usted la va a ver grande? —preguntó Inés, y enseguida se arrepintió de la pregunta.

Ramona no se ofendió. Siguió pelando habas.

—Hija, las encinas no se plantan para uno —dijo—. Se plantan para quien venga.

Aquel otoño, mientras recogían, Inés se atrevió por fin a preguntarle de dónde sacaba tantas bellotas. En el pueblo había pocas encinas, y casi todas en fincas cerradas.

Ramona tardó en contestar. Luego echó a andar cerro arriba, más allá de donde solían plantar, hasta una vaguada que desde el pueblo

no se veía.

Allí, entre las piedras, había un tocón enorme, negro todavía por un lado, tan ancho que Inés no habría podido abrazarlo. Y del pie del tocón, un poco torcida, salía una encina. Más alta que una casa, pero no mucho. Tenía el tronco gris, la copa redonda, y el suelo de alrededor estaba cubierto de bellotas.

—Es la de las bodas —dijo Ramona.

Inés miró el tocón quemado y luego el árbol.

—Pero si se quemó.

—Se quemó por arriba. Por abajo no. —Ramona apoyó la mano en la corteza—. Al año siguiente echó un brote desde la raíz. Mi padre decía que era un matojo y que no saldría adelante. Mi padre se equivocó en eso y en otras cosas.

Cada bellota que habían enterrado en el cerro venía de allí. Ramona llevaba sesenta otoños subiendo a recogerlas, una a una, debajo del mismo árbol.

—Las encinas saben esperar —dijo—. Por eso me caen bien.

Se quedaron un rato sentadas en el tocón, sin hablar. Desde allí se veía el pueblo entero: los tejados, el humo de las chimeneas, la escuela con su patio vacío. El arrendajo pasó otra vez, con algo en el pico, y se perdió ladera abajo.

Pasaron muchos otoños. Cuando el cerro empezó a tener sombra, Tomás se casó con Candela, la nieta del abuelo Julián, debajo de una de aquellas encinas. No era tan grande como la de antes, ni mucho menos, pero cabían los novios, un poco de la fiesta y, en primera fila, Nora, la amiga de la novia, que había venido desde el barrio.

Antes del baile, Tomás pidió silencio. Contó que una tarde de primavera, siendo un crío, había encontrado en aquella ladera un tallito rojizo que no parecía nada.

—Ramona decía que las encinas no se plantan para uno —dijo—. Se plantan para quien venga. Nosotros somos los que vinimos.

Luego, en lugar de arroz, repartieron bellotas. Una para cada invitado, para que la enterrara donde quisiera: a dos dedos de hondo, tumbada, y pisando sin fuerza.





RELATO · 5 MIN DE LECTURA

Yesca

Sobre el fuego, la paciencia y un hongo que crece una capa cada año.

Candela llegó al pueblo del abuelo el último viernes de octubre, con una maleta de ruedas que no servía para nada en aquellas calles de piedra. Tenía diez años y una idea muy clara de lo que era aburrirse: era exactamente aquello. Una casa con olor a leña, un reloj de pared que sonaba demasiado y un abuelo que hablaba poco y tardaba mucho en decirlo.

El abuelo Julián vivía solo desde hacía años, al final de una calle que se acababa en el monte. Tenía las cejas como dos matojos blancos y unas botas que parecían más viejas que él. Cuando la vio bajar del coche, le puso una mano en la cabeza, como quien comprueba que algo sigue en su sitio, y dijo:

—Has crecido.

Y ya no dijo nada más hasta la cena.

En la cocina, junto a la estufa, había una lata de membrillo abollada que nadie usaba para el membrillo. Candela la abrió mientras el abuelo pelaba patatas. Dentro había una piedra gris, un

hierro curvado como una herradura pequeña y unos trozos de algo pardo y blando, parecido al fieltro.

—¿Qué es esto?

—Pedernal, eslabón y yesca —dijo el abuelo, sin levantar la vista—. Para encender el fuego.

—Para eso están las cerillas.

—Para eso están las cerillas —repitió él, y siguió pelando, de modo que Candela no supo si le estaba dando la razón o todo lo contrario.

A la mañana siguiente la llevó al hayedo. Subieron por un camino de hojas que crujían como papel de periódico, y al cabo de un rato los árboles se cerraron sobre ellos y la luz se volvió dorada, como si atravesara un vaso de té.

El abuelo caminaba despacio. Se paraba sin motivo aparente, miraba algo que Candela no veía y seguía. Al principio ella lo esperaba resoplando. Luego, sin darse cuenta, empezó a pararse también.

—Mira —dijo él de pronto.

En el tronco de una haya caída, a la altura de la rodilla, había unas cosas grises y duras con forma de pezuña, pegadas a la corteza como si alguien las hubiera clavado allí.

—Parecen cascos de caballo —dijo Candela.

—Por eso hay quien los llama así. Aquí les decimos yesqueros. —El abuelo pasó el dedo por el borde, donde se veían unas rayas, una encima de otra—. Cada año crece una capa. Solo una. Este tendrá quince o veinte años.

—¿Y no crece más rápido?

—¿Para qué?

Candela no supo qué contestar. Tocó el yesquero. Estaba frío y era duro como la madera, pero tenía algo de vivo, de paciente.

—Solo los cogemos de los árboles que ya se han caído —dijo el abuelo, mientras desprendía uno a golpes de navaja—. Los otros están trabajando.

De vuelta, le explicó que la yesca salía de la parte de dentro, la blanda, y que había que cocerla, golpearla y secarla durante días. Candela calculó que, para encender un fuego, aquello llevaba como un mes. Le pareció la cosa más absurda del mundo.

Esa noche llegó la tormenta. Empezó con unas gotas gordas contra la ventana y terminó con un trueno tan cerca que el reloj de pared se calló de golpe. Y con el reloj, la luz.

—Vaya —dijo el abuelo en la oscuridad, sin ninguna prisa.

La estufa se había apagado hacía rato. Candela buscó a tientas la caja de cerillas en el estante. Estaba casi vacía, y las tres que quedaban se habían empapado de humedad: se deshicieron al rascarlas.

—¿Y ahora?

Oyó al abuelo abrir la lata de membrillo.

Se sentaron en el suelo, delante de la estufa abierta. El abuelo colocó un trocito de yesca sobre la piedra, la sujetó con el pulgar y golpeó el borde con el hierro curvado. Saltó una chispa, diminuta y naranja, y se apagó en el aire. Otra. Otra más.

—No prende —dijo Candela.

—Todavía no.

Golpe. Chispa. Nada. Golpe. Chispa. Nada. Candela empezó a contar los golpes y lo dejó en treinta. Fuera seguía lloviendo. Dentro, el único sonido era el clic del hierro contra la piedra, regular como un corazón.

—Abuelo, así no se enciende.

—Claro que no —dijo él—. El fuego no se enciende. Se convence.

Y en ese momento una chispa cayó sobre la yesca y no se apagó. Se quedó allí, un puntito rojo en mitad del pardo, como un ojo que se abre.

El abuelo dejó la piedra muy despacio. Envolvió la yesca en un puñado de paja seca, como quien arropa a un pájaro, y sopló. No fuerte: suave y largo, igual que se sopla una sopa demasiado caliente. El punto rojo creció. Sopló otra vez. La paja empezó a humear, a crujir, a encenderse por dentro, y de pronto apareció una llama pequeña y amarilla que iluminó las cejas blancas del abuelo y los ojos muy abiertos de Candela.

La metió en la estufa, entre las astillas, y esperó. No añadió leña hasta que las astillas cogieron fuerza. Luego un tronco fino. Luego otro.

—Ya está —dijo—. Ya se ha convencido.

Cuando volvió la luz, pasada la medianoche, ninguno de los dos se levantó a encender la bombilla. Siguieron allí, en el suelo, con las manos hacia la estufa, escuchando cómo la leña se acomodaba.

—¿Me enseñas? —preguntó Candela.

—Mañana —dijo el abuelo—. Y pasado. Y al otro.

Le enseñó durante todo el puente. El primer día, Candela se golpeó los dedos y no sacó ni una chispa. El segundo sacó muchas, pero ninguna se quedó. El tercero, la última mañana, mientras el coche de sus padres esperaba en la puerta, una chispa cayó en la yesca y se quedó, roja y quieta. Candela sopló como le había enseñado, sin prisa, y la paja se encendió entre sus manos.

El abuelo no dijo nada. Le puso la mano en la cabeza, como el primer día. Luego le dio la lata de membrillo.

En el barrio, Candela guardó la lata en el cajón de su mesa. En casa no había chimenea, y nunca la usó para encender nada.

Pero a veces, cuando algo se le resistía —un problema de mates que no salía, Mateo, su hermano pequeño, que no quería dormirse, una tarde que se le hacía cuesta arriba—, se acordaba del clic del hierro contra la piedra, regular como un corazón, y de aquel puntito rojo que llegó cuando ya nadie lo esperaba.

Entonces se sentaba, respiraba despacio y esperaba un poco más.

Hay cosas que no se encienden, pensaba. Se convencen.



RELATO · 4 MIN DE LECTURA

Huellas

Sobre una escuela pequeña, la primera nevada y todo lo que pasa mientras dormimos.

Aquel año la primera nevada cayó tarde, ya en febrero, un miércoles por la noche, sin avisar, y cuando llegamos a la escuela el patio era una sábana blanca sin una sola arruga.

Éramos once. Los mellizos García, que siempre llegaban corriendo. Iván, que lo sabía todo o hacía como que lo sabía. Las tres de la panadería. Y Martina, la pequeña de los Herrero, que tenía seis años y unas botas dos números más grandes, heredadas de su hermana. Los demás, ni más ni menos que nosotros. Yo era uno de esos demás: Tomás, el de la casa del nogal.

Nos quedamos todos en la verja, sin atrevernos a entrar, como si el patio fuera un papel nuevo que daba pena estrenar.

Entonces Martina señaló el suelo.

—Alguien ha pasado.

Junto a la verja, cruzando el patio de lado a lado, había una fila de huellas. Pequeñas, ovaladas, una delante de otra, tan rectas que parecían hechas con regla.

—Un perro —dijo Iván.

—Los perros no andan así —dijo la maestra, que había llegado detrás de nosotros con el abrigo lleno de copos—. Los perros van de un lado a otro, olisqueando. Este sabía muy bien adónde iba.

Inés, la maestra, se agachó y nos dejó mirar de cerca. Cuatro deditos y, delante, unas marcas finas, como de uñas.

—Un zorro —dijo—. Pone cada pata justo donde ha puesto la anterior. Por eso parece que ha pasado alguien con una sola pierna.

Nos reímos. Uno de los mellizos intentó andar así, poniendo un pie delante del otro, y se cayó de culo en la nieve. Nos reímos más.

La maestra miró la escuela, con la estufa todavía fría, y luego nos miró a nosotros.

—Hoy la clase es fuera —dijo.

Seguimos al zorro hasta las eras, y allí encontramos otras huellas que no se parecían a nada: grupitos de cuatro marcas, dos pequeñas atrás, una detrás de otra, y dos grandes delante, juntas, como si el animal hubiera ido con las patas al revés.

—Está al revés —dijo Iván, muy seguro.

—Es un conejo —dijo la maestra—. Salta, y las patas de atrás, que son las largas, le caen por delante de las de delante.

No lo entendimos hasta que lo probamos. Durante un buen rato las eras se llenaron de once conejos dando saltos con las manos en el suelo, cayendo, levantándose, gritando. Las tres de la panadería

acabaron con la nieve por dentro del cuello. Martina, que era la que mejor saltaba, dejó un rastro de conejo casi perfecto.

Más allá, junto al camino del cerro, encontramos unas huellas grandes y hondas, de dos dedos gordos, con dos puntitos detrás.

—Un jabalí —dijo la maestra, y esta vez nadie quiso probar a andar como él.

Las que más nos gustaron fueron las de los pájaros.

Unas iban de dos en dos, saltitos con las patas juntas. Otras, al lado de un muro, eran de un pájaro más grande que había caminado un rato, pasito a pasito, y luego, de repente, nada. Las huellas se acababan en mitad de la nieve. A los lados había unas rayas finas, como si alguien hubiera pasado los dedos muy suavemente.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Martina.

—Hacia arriba —dijo la maestra—. Eso de los lados son las alas.

Nos quedamos todos mirando el cielo, como si el pájaro siguiera ahí.

Cerca del muro, junto a las huellas, había un hoyito pequeño en la nieve, como si alguien hubiera escarbado. Martina metió los dedos y sacó una bellota.

—Esto es de la abuela Ramona —dijo, porque en el pueblo todo el mundo sabía quién andaba por ahí con los bolsillos llenos de bellotas.

La maestra sonrió y le dijo que la volviera a enterrar, que alguien vendría a buscarla.

Aquella mañana aprendimos que la noche no está vacía. Mientras nosotros dormíamos, el pueblo había estado lleno de gente: el zorro yendo a sus cosas, los conejos saltando, el jabalí bajando del monte, los pájaros buscando qué comer. Y nadie los había visto. Solo la nieve, que se acordaba de todo.

A mediodía empezó a nevar otra vez, despacio.

Al volver a la escuela nos paramos en la verja. El patio ya no era una sábana sin arrugas: estaba lleno de caminos. Los nuestros, once, que se cruzaban y se enredaban y daban vueltas sin sentido. Y, por en medio, recto como una regla, el del zorro, que ya se estaba borrando bajo los copos nuevos.

Martina tiró de la manga de la maestra.

—Esta noche —dijo— alguien pasará por encima y no sabrá quiénes éramos.

Y nos quedamos un rato los once en la verja, en silencio, mirando cómo la nieve iba tapando nuestras huellas y las del zorro, todas a la vez, sin hacer diferencias.



RELATO · 4 MIN DE LECTURA

Escarcha

Sobre una mañana helada, un hermano pequeño y las sombras que guarda el frío.

El lunes amaneció blanco. Candela lo supo antes de subir la persiana, por el silencio: los lunes la calle sonaba a motos y a persianas, y aquella mañana no sonaba a nada, como si alguien la hubiera envuelto en algodón.

—Hoy llevas tú a Mateo —dijo su madre desde la puerta, con el abrigo ya puesto—. Yo entro antes. Y no lleguéis tarde.

Candela tenía doce años y una opinión muy clara sobre llevar a Mateo al colegio: era como empujar un carrito con una rueda torcida. Mateo tenía nueve, unas botas de agua amarillas que se ponía aunque no lloviera y la costumbre de pararse delante de cualquier cosa que le pareciera interesante, que era casi todo. Otros días iban con Nora, la del cuarto, pero los lunes Nora tenía coro a primera hora.

En la calle, los coches aparcados tenían los cristales blancos. No empañados: blancos, cubiertos de unos dibujos finísimos que se abrían en abanico, como helechos, como plumas, como el mapa de un río visto desde muy arriba.

—Mira —dijo Mateo, y se paró en el primero.

—Vamos.

—Mira este.

—Mateo, vamos.

Mateo acercó la cara al parabrisas de una furgoneta hasta casi tocarlo y echó el aliento. En el hielo se abrió un círculo transparente, con el borde mojado.

—Es escarcha —dijo, muy serio—. Lo ha dicho la profe. Es el agua del aire, que de noche se pega a las cosas y se congela sin hacerse gota.

Candela lo cogió de la manga y tiró. Mateo dejó en el cristal la marca de un dedo, y luego otra, y luego una cara sonriente, mientras ella lo arrastraba hacia la esquina.

Para no llegar tarde, acortaron por la plaza del tilo.

La plaza estaba irreconocible. El césped de los parterres se había vuelto gris plata, y cada brizna tenía el borde blanco. El banco que queda bajo el tilo grande brillaba, escarchado entero, y nadie se había sentado en él. El tilo estaba desnudo; sus ramas se recortaban contra un cielo muy limpio, del azul de las mañanas de mucho frío.

Mateo se salió del camino y pisó el césped. Crujió.

—¡Mateo!

—Escucha. —Pisó otra vez. Crac. Detrás de él quedaban las huellas de las botas, oscuras, verdes, una detrás de otra.

Entonces el sol asomó por encima de los tejados.

Fue como si alguien encendiera la plaza. La luz entró de lado, amarilla, y allí donde tocaba, la escarcha empezaba a irse: el blanco se volvía gris, el gris se volvía verde y mojado, y de la hierba subía un vapor finito, como el de una taza.

Mateo se quedó quieto.

—Candela. Mira el árbol.

Candela miró el tilo y no vio nada. Luego miró al suelo, que era donde Mateo señalaba.

En el césped, a los pies del árbol, la escarcha solo seguía en un sitio: justo donde caía la sombra del tilo. Y como el sol ya había derretido todo lo demás, el árbol estaba dibujado en el suelo, entero, con su tronco, sus ramas y hasta las ramitas más finas, en blanco sobre verde. Una sombra blanca. Una sombra hecha de frío.

—Es porque ahí no le da el sol —dijo Mateo.

—Ya —dijo Candela, que no lo sabía.

Se quedaron mirándolo. A medida que el sol subía, la sombra se movía un poco y el dibujo se iba deshaciendo por un lado, como una palabra que se borra.

—Vamos a hacer la nuestra —dijo Mateo.

—¿Nuestra qué?

—Nuestra sombra. Nos quedamos quietos al sol, encima de la escarcha, y esperamos.

Candela miró el reloj de la farmacia. Las nueve menos ocho. Iban a llegar tarde, seguro, y ella tendría que explicarlo. Abrió la boca para decir que no.

Y entonces, sin saber por qué, se acordó de la cocina del abuelo, del clic del hierro contra la piedra, de aquella chispa que no llegaba y que llegó cuando ya nadie la esperaba. Y se acordó de Elvira en aquel mismo banco, las tardes de verano, con las manos en las rodillas, esperando a que el árbol se moviera. Hay cosas a las que no se les puede meter prisa.

—Vale —dijo—. Pero quieto de verdad.

Buscaron un trozo de césped que todavía estuviera blanco, al borde de la sombra del tilo, donde el sol acababa de llegar, y se pusieron uno al lado del otro, de espaldas a la luz. Mateo le cogió la mano con el guante. No hablaron. Echaban vaho, y el vaho subía despacio, brillando. Candela notó el sol en la nuca, tibio, y el frío subiéndole por las botas. Oyó una persiana, un coche, una paloma. Mateo, por una vez en su vida, no se movía.

No supo cuánto tiempo estuvieron así. Poco. Mucho.

—Ya —dijo Mateo.

Dieron un paso a un lado, a la vez, con cuidado de no pisar.

Delante de ellos, sobre la hierba verde y mojada, había dos siluetas blancas, alargadas por el sol, todavía bajo, de finales de marzo: una alta y otra pequeña, una al lado de la otra, unidas por la mano. Ya empezaban a derretirse por los bordes.





RELATO · 5 MIN DE LECTURA

Niebla *en el puerto*

Sobre dos voces que no paraban, una tarde blanca y lo que se oye al callar.

Llegaron a aquel pueblo de la costa un viernes de principios de abril, cuando el chiringuito de la playa todavía no había abierto y la mitad de las casas seguían con las persianas bajadas. Candela y Tomás llevaban diez años casados y tres meses diciendo que necesitaban parar. Al final habían reservado dos noches en una pensión del puerto, con una ventana pequeña que daba al mar y una colcha de ganchillo.

Hablaron durante todo el viaje. Hablaron mientras deshacían la maleta y mientras buscaban dónde cenar. Hablaban deprisa, los dos a la vez, terminando cada uno las frases del otro, como quien se pasa una pelota sin dejarla caer nunca: el fontanero que tenía que venir el martes, la reunión del jueves, la comida del domingo en casa de la madre de Tomás, si en el puente de mayo irían a algún sitio, a cuál, cuándo había que reservar. No discutían. Se entendían tan bien que ya no les hacía falta escucharse.

El sábado por la tarde salieron a andar hacia el faro. El camino iba por lo alto del acantilado, entre helechos y tojos, y desde la pensión se veía el faro al fondo, blanco y pequeño como un dedal.

—Mañana podríamos... —empezó Tomás.

—... ir a la playa de las dunas —siguió Candela—, y comer allí, y así el lunes...

—... salimos temprano, que a las diez...

—... tienes lo del seguro, ya.

Iban mirando al suelo, o al frente, o a ninguna parte. No vieron que el mar, abajo, había cambiado de color, ni que por el horizonte venía una franja blanca, baja y espesa, como un algodón que alguien fuera desenrollando sobre el agua. Cuando se dieron cuenta, ya les mojaba la cara.

En pocos minutos dejaron de ver el faro. Luego el mar. Luego los helechos de los lados. Siguieron andando y hablando, porque era lo que hacían siempre, y en algún momento el suelo dejó de ser tierra pisada y empezó a ser hierba alta y mullida, que les empapaba los bajos de los pantalones.

Se pararon. Alrededor no había nada: ni camino, ni faro, ni pueblo. Solo blanco.

Candela iba a decir algo, y Tomás también. Se callaron los dos a la vez, a mitad de frase, y la niebla se quedó con el resto.

No tuvieron miedo. El camino no podía estar a más de unos pasos. Pero no sabían hacia dónde, y esa pequeña duda se les metió en el cuerpo como un frío que no venía de fuera.

Lo primero que hicieron, sin pensarlo, fue buscarse la mano.

La de Tomás estaba helada por fuera y un poco húmeda por dentro, del susto. La de Candela, igual. Se la cogieron con torpeza, recolocando los dedos, como si fuera la primera vez, y durante un rato no hicieron otra cosa: estar agarrados en medio de lo blanco, notando en la palma el pulso del otro, que poco a poco se iba calmando. Hacía años que no iban de la mano. No se acordaban de cuándo habían dejado de hacerlo.

El desasosiego no se fue del todo, pero se hizo pequeño. Cabía entre las dos manos.

—Vale —dijo Tomás, en voz baja.

—Vale —dijo Candela.

Y ninguno de los dos añadió nada más.

Entonces empezaron a oír.

Primero, el mar. No lo veían, pero estaba ahí, a la derecha y abajo, golpeando las rocas con un ruido sordo y lento, como alguien que respira dormido. Si el mar quedaba a la derecha, el camino de vuelta tenía que estar a la izquierda.

Luego, a su espalda, un sonido largo y grave que les vibró en el pecho: la sirena del faro. Contaron sin decirlo en voz alta. Volvió a sonar a los veinte segundos, y a los veinte siguientes. Era como tener a alguien detrás diciendo: estoy aquí, estoy aquí.

Avanzaron muy despacio, tanteando con los pies. Candela se agachó a tocar el suelo para saber si pisaban hierba o tierra. Sus dedos encontraron unas flores diminutas, cerradas como botones. Margaritas. Se cierran cuando no hay sol; eso lo sabía desde niña, lo había aprendido con su amiga Nora en el jardín de los martes.

Estaban en el borde, donde la hierba se acaba. Siguió la fila con la mano y, unos pasos más allá, encontró la tierra pisada. El camino.

A veces tenían que soltarse para pasar entre dos tojos, y entonces uno de los dos preguntaba:

—¿Sigues ahí?

Y el otro contestaba:

—Aquí.

Se lo decían por turnos, sin haberlo acordado. Candela pensó que hacía mucho que no oía la voz de Tomás así, sola, sin otra voz encima; tenía un fondo ronco que no recordaba. Tomás pensó algo muy parecido de la voz de ella.

Poco a poco fueron apareciendo más sonidos, uno detrás de otro, como si alguien encendiera luces en una casa a oscuras. Una campana sobre el agua, a la izquierda, que sonaba cuando quería, con el vaivén de una boya. Un perro que ladró dos veces y se calló. Una puerta. Y al final, delante, un tintineo menudo y continuo, como de cubiertos en un cajón.

—Los barcos —dijeron los dos a la vez. Y esta vez no les importó.

El puerto apareció de golpe, todo junto: los cascos de colores, el muelle mojado, los cabos golpeando los mástiles, la luz amarilla del único bar abierto. Olía a gasóleo y a pescado frito. Se quedaron un momento en el borde de la luz, todavía de la mano, respirando como si hubieran subido una cuesta corriendo.

Tomás tenía el pelo cubierto de gotitas, blanco de niebla, como si hubiera envejecido de repente. Enredada en un mechón, sobre la oreja, llevaba una pluma de gaviota, gris por arriba y blanca por

abajo, pequeña y perfecta. Candela se la quitó con cuidado y se la guardó en el bolsillo del abrigo.

Cenaron en el bar. Hablaron poco, y despacio. Cuando uno empezaba una frase, el otro esperaba a que la terminara.

Esa noche la niebla siguió pegada al cristal de la ventana, tan espesa que no se veía ni la farola del muelle. Se acostaron con la luz apagada. Ninguno de los dos habló del fontanero, ni del lunes, ni del puente de mayo.

Desde la oscuridad, cada veinte segundos, llegaba la sirena del faro, lejana ahora, larga y grave. La escucharon juntos, con las manos cogidas por encima de la colcha, hasta que dejaron de contar.

En el alféizar, contra el cristal blanco, estaba la pluma.



RELATO · 8 MIN DE LECTURA

Agosto *en la ciudad*

Sobre un verano elegido, un balcón recién sembrado y los vencejos que se van.

A finales de julio, los del trabajo alquilaron una casa en la costa de Cádiz, con un patio encalado y una higuera, y le guardaron una habitación a Nora. Se lo dijeron en la última comida antes de las vacaciones, mientras las fotos de la casa pasaban de mano en mano por encima de los platos.

—Hay sitio de sobra —dijo una—. Y el mar a cinco minutos.

—Este año no —dijo Nora—. Me quedo aquí.

No buscó una excusa, porque no la tenía. Le apetecía agosto en la ciudad: la ciudad medio vacía, sin horarios, con el mes entero por delante y nadie esperándola en ningún sitio. Lo había hecho otros veranos, y siempre volvía de esos agostos como de un viaje.

Se rieron de ella con cariño.

—Tú y tus agostos.

—Yo y mis agostos —dijo Nora, y levantó el vaso.

Quedaron en verse a la vuelta, para que ellos le contaran el viaje y ella les contara el suyo, aunque todavía no sabía qué iba a tener que contar.

El primer día de agosto, el barrio amaneció a medio gas. La mitad de las persianas estaban bajadas, había sitio para aparcar en todas las calles y, a las nueve de la mañana, el ruido era el justo: un camión de reparto, una radio, alguien baldeando un portal.

Nora salió temprano, antes de que apretara el sol. En el mercado quedaban abiertos tres puestos, y en uno de ellos el frutero, que no cerraba nunca en agosto, le eligió los tomates uno a uno, apretándolos con el pulgar.

—Estos para hoy. Estos para el jueves.

A la vuelta cruzó la plaza del tilo. La panadería era de otros desde que el padre de Candela se jubiló, pero el pan seguía oliendo igual desde la esquina. El tilo ya había florecido y daba una sombra espesa sobre el banco, donde dos señoras se abanicaban sin hablar. Nora se acordó de la señora del moño blanco y de Mateo, con los brazos cruzados, esperando a que el árbol se moviera, y siguió andando con la bolsa de tomates, sin ninguna prisa.

A las dos, el calor cayó sobre la ciudad como una tapa. Nora bajó las persianas hasta la mitad, puso el ventilador a girar despacio y se tumbó en el sofá con un libro. Durmió un rato. Leyó otro. La casa, en penumbra, olía a tomate recién cortado y a ropa tendida. Hasta las siete no se movió nada, ni en la calle ni dentro, y a ella le pareció exactamente bien.

Esa misma semana decidió llenar el balcón.

Hacía años que lo tenía vacío, con una silla plegable y una maceta seca que no se acordaba de haber comprado. Una mañana fue a la droguería del centro, que seguía abierta, con el mismo mostrador de madera y los mismos cajoncitos de semillas, y compró tres jardineras, un saco de tierra y un sobre de manzanilla. En el dibujo del sobre, las flores eran blancas, con el centro amarillo, del tamaño de un botón. Se parecían mucho a otras que conocía.

El sobre decía que se podía sembrar a finales del verano, a la sombra y con la tierra siempre húmeda.

De vuelta pasó por delante del edificio del solar. Seis pisos, garaje, toldos verdes. Al pie de la fachada, en la grieta de la acera, seguían saliendo margaritas, cerradas por el calor del mediodía. Nora se paró un momento con el saco de tierra en brazos. Las veía todos los veranos desde que levantaron el edificio, y todos los veranos le hacían la misma gracia.

Sembró por la tarde, cuando el sol dejó el balcón. Las semillas eran tan pequeñas que parecían polvo, y tuvo que mezclarlas con un poco de arena para verlas. Las esparció sin enterrarlas, apretó la tierra con la palma de la mano y regó con una jarra de cristal, muy despacio, para no arrastrarlas. Luego se sentó en la silla plegable, con los pies descalzos sobre las baldosas mojadas, y se quedó un rato oyendo cómo el barrio se despertaba de la siesta.

Desde el balcón se veía un trozo de la plaza y un trozo de cielo, y en ese trozo de cielo vivían los vencejos.

Aparecían todas las tardes, cuando bajaba el calor: decenas de flechas oscuras que pasaban rozando los tejados, llamándose unas a

otras con un silbido fino, girando todas a la vez, como si alguien las llevara de un hilo. Nora los miraba mientras regaba. No se posaban nunca. De niña le habían contado que los vencejos lo hacían todo en el aire, comer, beber y hasta dormir, y que solo bajaban a la tierra para criar. Nunca lo había comprobado, y no le hacía falta.

A esa misma hora, con las ventanas abiertas de par en par, Nora se sentaba al piano. Era un piano vertical, viejo, arrimado a la pared del salón, que la acompañaba desde hacía tantos años que no se acordaba de la casa sin él. Tocaba despacio y de memoria cosas que sabía desde siempre, y el silbido de los vencejos entraba por la ventana y se mezclaba con las notas, como si también ellos se supieran la pieza. Al terminar, se quedaba un momento con las manos en el regazo, escuchándolos.

Una mañana, a mitad de mes, salió a regar y el cielo estaba callado.

Esperó un rato, con la jarra en la mano. Pasó una paloma. Pasó un avión, muy alto. Los vencejos no volvieron. Se habían ido durante la noche, hacia el sur, como cada agosto, y en el barrio nadie se había dado cuenta, salvo ella.

No le dio pena. Le dio una satisfacción pequeña y rara, la de haber estado allí para notarlo. El verano había girado un poco, como gira una llave en una cerradura, y ella lo había oído. Esa tarde tocó con la ventana abierta, como siempre, y el piano sonó más claro, como una habitación recién barrida.

Los del barrio no se iban nunca en agosto. Eran los de siempre: dos amigas del colegio que seguían viviendo a tres calles, el vecino

del portal de enfrente y su mujer, y una pareja que había llegado al barrio hacía poco y ya parecía de toda la vida. Una tarde le escribieron para cenar en la terraza de la plaza.

Llegó a las diez, cuando el calor empezaba a soltar la ciudad. Pidieron tortilla, pimientos fritos y una jarra de tinto de verano, y luego otra. Hablaron de todo y de nada: de una obra que no se acababa nunca, del calor, de un perro que se había escapado y había vuelto solo a casa al día siguiente, muy digno. Se rieron mucho de una tontería que a otra hora no habría tenido ninguna gracia. A medianoche la plaza estaba más llena que a mediodía, con niños en bicicleta y abuelos en sillas sacadas de casa.

Nora volvió andando, despacio, por las calles todavía templadas. Le había gustado ir, y le gustaba volver. Abrió la puerta del piso, dejó las llaves en el cuenco de la entrada, y el silencio de la casa la recibió como un perro tranquilo que se alegra sin ladrar.

La noche de las Perseidas subió a la azotea.

No esperaba gran cosa. En la ciudad, con tanta luz, se veían pocas. Pero era una buena noche para mirar hacia arriba: el suelo de la azotea guardaba todavía el calor de la tarde y se lo devolvía por la espalda, y a esas horas corría por fin una brisa que olía a ropa tendida y a tierra regada.

No estaba sola. Un par de vecinos se habían sentado en el murete, junto a los tendederos, y la saludaron en voz baja, como se saluda en las iglesias. Nadie dijo mucho más. Nora se tumbó sobre una toalla, con las manos detrás de la cabeza.

La primera tardó en llegar: una raya corta y blanca hacia el este, tan rápida que dudó de haberla visto. De la segunda no dudó. Una vecina dijo «¡Ahí!», y todos miraron hacia donde ya no había nada, y se rieron. Nora no pidió deseos. No se le ocurrió ninguno que le faltara. Vio cuatro en total, y le parecieron muchas.

A finales de mes, una mañana, al salir a regar, vio en las jardineras una pelusa verde. Se agachó. Eran hilitos finos como pelos, cientos, con dos hojitas en la punta, que se doblaban con el agua de la jarra. Se acordó de las lentejas del solar, que también salieron cuando nadie creía que fueran a salir, y se rió sola en el balcón.

Los del trabajo volvieron el último fin de semana, morenos y cansados del viaje, y la llamaron para tomar algo. Le enseñaron fotos del patio, de la higuera, de una playa larga con el agua verde.

—¿Y tú? —le preguntaron—. ¿Qué has hecho todo el mes?

Nora lo pensó.

—Nada —dijo.

No había hecho nada en todo el mes. Y era verdad. Y había sido mucho.

Al día siguiente salió a regar al amanecer, que era la hora más fresca y la más suya. El barrio todavía dormía. En las jardineras, la manzanilla seguía creciendo a su ritmo, sin que nadie le metiera prisa, y el piso, a su espalda, le pareció perfecto: ni grande ni pequeño, justo de su tamaño.





RELATO · 5 MIN DE LECTURA

Cascar nueces *en noviembre*

Sobre dos amigas, seis horas de tren y una bolsa de nueces.

La postal llevaba tres semanas sujeta a la nevera con un imán. En la foto había una plaza con soportales; detrás, con la letra redonda de siempre, Candela había escrito: «El sábado 14 tengo que bajar al barrio a una gestión. Me quedo a dormir, si me dejas. Llevo nueces. C.»

Candela se había ido a vivir al pueblo de Tomás, y sus padres, al jubilarse, se habían ido también al pueblo, a la casa del abuelo Julián. Entre el pueblo y el barrio había seis horas de tren y dos transbordos. Al principio eso no había importado. Luego empezó a importar un poco, y luego simplemente fue así: una postal en Navidad, otra por el cumpleaños y un «tenemos que vernos» que las dos escribían de verdad y que ninguna cumplía. La última vez que se habían visto fue en una comida, poco antes de la mudanza. Hacía siete años. Nora tuvo que contarlos con los dedos.

En noviembre anochecía a las seis. Nora volvía del trabajo con la última luz y encendía las lámparas una a una, y el piso, que en verano le parecía perfecto, se le quedaba grande. No estaba triste.

Era solo que en noviembre el silencio de su casa sonaba un poco más.

El sábado limpió el piso dos veces. Compró flores, luego pensó que era exagerado y las escondió en la cocina. Sin querer, fue pensando temas de conversación.

Candela llegó a las cinco, con el abrigo abierto y una bolsa de tela que pesaba como una piedra.

—Estás igual —dijo.

—Tú también —dijo Nora.

Las dos mentían un poco, y las dos lo sabían. Candela tenía canas en las sienes y no se las teñía. Nora llevaba gafas desde hacía tres años.

Se sentaron en el sofá y hablaron como se habla en las salas de espera. El trabajo, bien. Tomás, bien, te manda recuerdos. ¿Y tus padres? Bien, mayores. ¿Y el piso? Muy bonito, mucha luz. ¿Y el piano? Ahí sigue; en noviembre casi no lo abro. Cada frase salía entera y se quedaba sola, sin engancharse con la siguiente. Nora notó que estaba sentada en el borde del sofá, como en casa de otra persona.

Fue Candela la que se levantó.

—¿Tienes un cuchillo pequeño? Y un cuenco.

Vaciaron la bolsa en la mesa de la cocina, sobre el hule. Eran nueces del nogal de la madre de Tomás, en el pueblo; ese año había

dado tantas que no sabían qué hacer con ellas. Candela las había pelado el fin de semana anterior, quitándoles la cáscara verde con las manos, y tenía los dedos teñidos de un marrón oscuro que no salía con nada.

—Me dura una semana —dijo—. En el trabajo creen que fumo.

Nora le miró las manos y se rió por primera vez desde que había llegado.

—Como cuando volvíamos del solar.

—Peor. Aquello se iba con agua.

Candela le enseñó el truco: la punta del cuchillo en la junta, donde se unen las dos mitades, un giro de muñeca, y la nuez se abre limpia, con el fruto entero dentro, arrugado como un cerebro pequeño. Nora las rompía. Le salían a trozos, con astillas de cáscara pegadas. Candela no la corregía; le acercaba otra.

Al cabo de un rato encontraron el ritmo. Clac, la cáscara al cuenco, la nuez al plato. Clac. A veces salía una vacía, y la que la había abierto la levantaba en alto, ofendida, y la otra se reía. A veces salía una perfecta, con las dos mitades iguales, y la dejaban aparte sin decir por qué.

Y la conversación, que en el sofá no había querido arrancar, empezó a salir sola, entre nuez y nuez, sin prisa. Cuando no había nada que decir, no decían nada, y no pasaba nada.

—En el solar han hecho un edificio —dijo Nora.

Candela dejó el cuchillo. Se le encogió algo, un sitio pequeño debajo de las costillas que no sabía que seguía ahí.

—¿Entero?

—Seis pisos. Con garaje. —Nora abrió otra nuez—. Pero al pie de la fachada, en la grieta de la acera, siguen saliendo margaritas. Las veo cuando paso.

Candela volvió a coger el cuchillo.

Hablaron de Tomás y de un fin de semana en la costa en que se perdieron en la niebla. «Fue lo mejor del año», dijo Candela, y no explicó por qué, y Nora no se lo preguntó: se le notaba en la cara. Hablaron de la señora Paca, que ya vivía con una hija, y de Pistón, que había sido el perro más tonto y más bueno del mundo.

Y en algún momento, sin haberlo decidido, Nora le contó lo del piso en noviembre. Que le iba bien, que no se arrepentía de nada, pero que a las seis, cuando encendía las lámparas, a veces el silencio se le hacía grande. No se lo había dicho a nadie, porque dicho en voz alta parecía más de lo que era.

Candela no le dio ningún consejo. Asintió despacio, buscó en el plato una de las nueces perfectas y se la puso en la mano.

Nora pensó que con Candela nunca había tenido que estar bien para estar a gusto.

Luego Candela se levantó, se limpió las manos en el pantalón sin conseguir nada y fue al salón. Levantó la tapa del piano y, con un dedo, torpe, empezó *Martinillo*, el que cantaban en el solar.

Nora la oyó desde la cocina. Cuando Candela iba por el segundo verso, se sentó a su lado en la banqueta y empezó desde el principio, como en clase. Durante un rato las dos melodías se persiguieron por el piso sin alcanzarse, una detrás de otra, hasta que les dio la risa y se perdieron las dos.

Ya era noche cerrada cuando terminaron. El plato estaba lleno, el cuenco rebosaba y había cáscaras por todas partes: debajo de las sillas, en el fregadero, en el pelo de Nora. Candela dormiría en el sofá; su tren salía a las nueve. Mañana tocaría despedirse y volver a las postales. Ahora no.

Nora se miró los dedos. Tenía las yemas manchadas de marrón. No tanto como las de Candela, pero casi.

Sobre el hule, a la luz de la lámpara de la cocina, entre las cáscaras, había cuatro manos quietas, todas del mismo color.





RELATO · 4 MIN DE LECTURA

Lo que *la nieve se lleva*

Sobre un tren que no salió, unas ramas que saben doblarse y los amigos que esperan.

El regalo llevaba envuelto desde el día veinte. Era una regadera pequeña de latón, para el balcón de Candela, y Nora la había envuelto en papel de estraza con un cordel, porque a Candela le gustaban las cosas que parecían de otro tiempo. La maleta esperaba junto a la puerta. El billete, impreso, estaba sujeto a la nevera con el mismo imán que la postal de noviembre: tren de las nueve y diez, dos transbordos, llegada a las tres y cuarto.

Fin de año en casa de Candela y Tomás. Lo habían prometido en la cocina, entre cáscaras de nuez, y esta vez iba a cumplirse.

El día treinta, por la tarde, empezó a nevar. Al principio fue bonito: copos grandes y lentos que se fundían al tocar la acera. Nora los miró desde la ventana con una taza entre las manos. Por la noche ya no se fundían. Y por la mañana la ciudad estaba blanca y callada, con los coches convertidos en bultos y ni un ruido en la calle.

Llegó a la estación una hora antes, arrastrando la maleta por la nieve. En el panel de salidas, al lado de su tren, había una palabra en rojo: CANCELADO. Al lado del siguiente, también.

Hizo cola en la ventanilla cuarenta minutos. El empleado tenía cara de haber dado la misma noticia doscientas veces.

—La vía está cortada en el puerto. No sabemos hasta cuándo. Hoy no sale nada.

—¿Y mañana?

—Ojalá.

Nora no se rindió. Cruzó media ciudad hasta la estación de autobuses, resbalando en cada esquina. Allí había un cartel escrito a mano en la puerta: «Sin servicio hacia el norte. Carreteras cortadas». Preguntó igualmente, por si acaso. Le dijeron lo mismo que decía el cartel, pero en voz alta.

Quedaba una posibilidad. En la oficina de alquiler de coches, junto a la estación, el chico del mostrador la escuchó con paciencia y le enseñó un mapa lleno de tramos marcados.

—Coche le puedo dar —dijo—. Pero el puerto está cerrado y la Guardia Civil no deja pasar ni con cadenas. Yo no iría.

Nora se quedó un rato mirando el mapa, como si mirándolo mucho fuera a aparecer otro camino. No apareció.

Volvió a casa andando. Las ruedas de la maleta no servían para nada en la nieve, así que la llevó en brazos los últimos metros, como a un niño dormido.

Se sentó en el sofá sin quitarse el abrigo. El regalo seguía en la mesa, con su cordel. Había hecho todo lo que se podía hacer: la

estación, los autobuses, el coche. Lo había intentado de verdad, y eso le daba una especie de calma cansada, la de haber llegado hasta el final del camino aunque el camino no llevara a ninguna parte.

Pero eso no quitaba lo otro. Lloró un poco, no mucho. Por el tren, por la cena que no iba a ser, por la cara que habría puesto Candela al abrir la regadera.

Por la tarde no aguantó más en casa y salió al parque.

No había nadie. La nieve se había tragado los caminos, los bancos y el ruido de la ciudad, y solo se oían sus pasos, un crujido blando. Los pinos del fondo estaban cargados hasta arriba.

Nora se paró debajo de uno. Una rama larga se iba doblando con el peso, despacio, cada vez más, hasta casi tocar el suelo. Parecía que iba a romperse. Pero en el último momento la nieve resbaló, toda de golpe, en un soplo de polvo blanco, y la rama volvió a subir a su sitio, temblando un poco.

Unos pasos más allá, en el suelo, había otra rama. Gruesa, recta, partida por la mitad. No se había doblado. Había aguantado la nieve entera, hasta que no pudo más.

Nora se quedó un rato entre las dos. Las ramas que se doblan sueltan la nieve. Las que no, se parten.

Esa noche escribió una postal. Eligió una de un pino nevado que tenía guardada en un cajón desde hacía años, sin saber para qué.

«Este año no llego. Ha nevado. Lo he intentado todo, de verdad. Guardadme una nuez. En cuanto se vaya la nieve, voy. N.»

Al escribirlo se dio cuenta de que no era una despedida, sino un aplazamiento. Candela y Tomás seguían allí, a seis horas de tren. La nieve se iría, como se va siempre. El tren volvería a salir. Lo que había entre ellas no dependía de una fecha: había aguantado siete años de postales, así que podía aguantar unos días de nieve.

Dejó el regalo junto a la puerta, al lado de la maleta, listo para cuando abrieran la vía.

A medianoche abrió la ventana. Las campanadas llegaban amortiguadas, como desde muy lejos. Enfrente, en el árbol de la calle, una rama cargada se dobló despacio bajo la farola, dejó caer su nieve sin ruido y volvió a subir.





RELATO · 8 MIN DE LECTURA

Lo que se deja *para las abejas*

Sobre una promesa que llegó tarde, un campo de lavanda y el último surco.

El autobús de línea la dejó en la carretera, al lado de una marquesina sin cristal y de un cartel con el nombre del pueblo medio comido por el sol. Eran las seis de la tarde de un martes de julio y el aire olía a algo que Nora no supo nombrar: dulce, seco, un poco a jabón de abuela.

Llevaba la mochila a la espalda y, dentro, envuelta todavía en papel de estraza y atada con el mismo cordel, la regadera de latón. Había viajado con ella medio año. Del recibidor a la estación nevada, de la estación otra vez al recibidor, y del recibidor a un armario, donde esperó a que se fuera la nieve, y luego la primavera, y luego un trabajo que no dejaba días libres. «En cuanto se vaya la nieve, voy», había escrito en la postal. La nieve se había ido en marzo.

Candela la esperaba sentada en el murete de la marquesina, con un sombrero de paja que no era suyo.

—Llegas tarde —le dijo, levantándose.

—Seis meses —dijo Nora.

—Lo sé. Los he contado.

Y la abrazó tan fuerte que el latón de la regadera sonó dentro de la mochila.

Candela y Tomás vivían a dos calles, pero en verano hacían la vida en casa de la madre de Tomás, una casa de piedra con un patio empedrado y, en medio, el nogal. Nora lo reconoció sin haberlo visto nunca: había estado en el pueblo una sola vez, el día de la boda, y de aquel día solo recordaba el cerro y la encina. De ahí habían salido las nueces de noviembre, las que le tiñeron los dedos durante una semana. Ahora las nueces estaban verdes, redondas y lisas, escondidas entre las hojas, y a Nora le pareció que estaba viendo el año por el otro lado, como cuando se mira una tela del revés.

La madre de Tomás se llamaba Herminia. Era pequeña, de pelo blanco muy corto y brazos morenos hasta el codo, y hablaba poco, como si las palabras le costaran dinero. Le dio la mano a Nora en vez de besarla, la miró de arriba abajo, como si intentara acordarse de ella de la boda, y dijo:

—Tú eres la de las postales.

Nora no supo si era una pregunta.

Al principio se sintió de visita. Candela y Tomás tenían sus costumbres en aquella casa: quién ponía la mesa, en qué silla se sentaba cada uno, la broma de siempre sobre el grifo que goteaba. Nora los miraba moverse por la cocina como se mira a una pareja que baila una pieza que uno no conoce. Se ofreció a ayudar tres veces y tres veces le dijeron que se sentara. Solo en casa de los padres de Candela, la del abuelo Julián, al final de la calle que se acababa en el monte, se sintió como antes: Andrés le puso delante

un pan redondo con una cruz, como los de la plaza, y no la dejó irse sin llevarse otro.

Al caer la tarde, Herminia cogió un sombrero de un clavo y le dijo a Nora:

—Vente.

No dijo adónde. Salieron por detrás de la casa, por un camino de tierra entre dos tapias, y al doblar la última apareció el campo. Más arriba, en el cerro, se veían las encinas, redondas y oscuras, y Nora buscó sin querer la de la boda.

Era morado hasta donde llegaba la vista. Las filas de lavanda subían por la ladera, redondas como cojines puestos en fila, separadas por surcos de tierra clara, y la luz de la tarde les sacaba un color que no estaba en ninguna caja de lápices. El olor llegaba en oleadas, con el aire. Y por debajo de todo había un sonido, un zumbido continuo y bajo, como si el campo entero respirara.

—Las abejas —dijo Herminia—. Hasta que se pone el sol no se van.

Caminaron despacio entre dos filas. Las abejas no les hacían caso; iban de espiga en espiga, cargadas, sin prisa. Nora pasó la mano por encima de las matas, sin tocarlas, y aun así se le quedó el olor en la palma.

—Esto que ves es lavandín —dijo Herminia—. Es hija de la lavanda y del espliego, más grande, más fuerte. Da más esencia. La de verdad es otra cosa.

—¿Cuál es la de verdad?

Herminia no contestó. Pero al volver a casa, en el poyo de la puerta, le señaló una mata pequeña y gris, en una lata vieja, con

unas espigas cortas de un morado más oscuro.

—Esta la traje del monte cuando tenía tu edad. Huele distinto. Huélela.

Nora se agachó. Olía más fino, más dulce, como algo que se recuerda en lugar de algo que se huele.

—El campo lo plantó mi marido —dijo Herminia, y entró en casa.

En la cena, Tomás comentó de pasada, mientras partía el pan, que su madre estaba pensando arrendar el campo. Que la siega cada año le pesaba más, que él nunca había sabido de lavanda ni había querido saber, que había un hombre del pueblo de al lado interesado.

—Ya hablaremos —dijo Herminia, y preguntó si alguien quería más ensalada.

Esa noche, cuando la casa se quedó a oscuras, Nora y Candela salieron a andar. Fueron hasta el campo sin decirlo. La tierra de los surcos todavía guardaba el calor del día y lo devolvía hacia arriba, y el olor de la lavanda, sin el sol, se había vuelto más hondo. Ya no había abejas. Había grillos.

Se sentaron al borde de una fila, con las piernas estiradas en el surco.

—Le da pena —dijo Candela—. Aunque no lo diga. Es lo último que le queda de él que todavía crece.

Hablaron mucho rato. De eso y de otras cosas. Como en la cocina de las nueces, las frases salían solas, y cuando no había nada que decir no decían nada. En el borde del camino, a la luz de la luna, Nora vio unas margaritas cerradas como botones, igual que las del

solar cuando eran niñas. Pensó que había flores que la seguían a todas partes, o que era ella la que se fijaba siempre en las mismas.

La fiesta era el sábado, el último antes de la siega. El pueblo puso cuencos con flor de lavanda en las ventanas, colgó guirnaldas de papel de una acera a otra y, al caer la tarde, una banda de cinco músicos tocó canciones populares en la plaza, bajo la acacia. Había limonada en jarras y una mesa larga con tortas que había hecho medio pueblo.

A las ocho, el alcalde subió a una silla y pidió voluntarios. Era la costumbre: antes de que llegaran las máquinas, el primer surco del año se segaba a mano, con hoz, como antes, y la primera gavilla se colgaba en la puerta de la iglesia hasta el año siguiente. Lo hacía quien quería.

Se hizo un silencio. Unos niños se empujaron entre ellos. Alguien dijo que ese año le tocaba a los jóvenes, y los jóvenes miraron al suelo.

Nora miró a Herminia. Herminia tenía la vista fija en el campo, al fondo de la calle, y las manos quietas en el regazo. Nora pensó en quién habría segado aquel primer surco los otros años.

Entonces le cogió la mano. Herminia se volvió, sorprendida, y las dos se miraron un momento sin decir nada, con esa complicidad que a veces sale entre dos personas que se conocen desde hace tres días. Luego Herminia apretó un poco los dedos.

Y dieron un paso al frente, juntas.

La hoz pesaba más de lo que parecía. Herminia le enseñó a cogerla, a agarrar un puñado de tallos con la otra mano y a tirar hacia ella, en un solo gesto, sin miedo. La primera vez Nora no cortó casi nada. La segunda, la mitad. A la tercera, el manojo se le quedó entero en la mano, morado y caliente, y el olor le subió hasta la cara como si hubiera abierto un armario.

Detrás, el pueblo aplaudió. Candela gritó algo que Nora no oyó. Herminia no dijo nada, pero siguió segando a su lado, despacio, al mismo ritmo, y cuando terminaron el surco ató la gavilla con un cordel y se la dio a Nora para que la llevara a la iglesia.

—Mi marido decía que la lavanda se siega por la mañana —dijo Herminia mientras volvían—. Que por la tarde está cansada.

Nora se rió. Herminia también, por primera vez.

Las máquinas llegaron el lunes, al amanecer. Nora se levantó para verlas. El campo se fue quedando en filas verdes y cortas, como un niño recién pelado, y el olor era tan fuerte que se notaba desde el patio.

Cuando faltaba la última fila, Herminia salió al camino y levantó la mano. Habló con el hombre de la máquina, que se encogió de hombros y se fue.

—Esa se queda —le dijo a Nora—. Para las abejas, hasta que se vayan. Mi marido siempre dejaba una.

Se quedaron un rato mirándola. Una sola fila morada en medio de la ladera rapada, y sobre ella, el zumbido, como si todo el campo se hubiera mudado allí.

—El año que viene también segaré —dijo Herminia, sin mirarla—. Si alguien viene a ayudarme.

Nora no contestó enseguida. Luego dijo:

—Esta vez no esperes postal.

Antes de irse, Nora sacó por fin la regadera de la mochila y se la dio a Candela. Candela deshizo el cordel, quitó el papel de estraza y se quedó un rato con ella en las manos, mirando el latón.

No se la llevó a casa, para su balcón. La llenó en la fuente del patio, cruzó hasta el poyo de la puerta y regó, despacio, la mata pequeña y gris de la lata vieja. La de verdad.

En el autobús de vuelta, Nora apoyó la cabeza en el cristal. Por la ventanilla pasaban otros campos ya segados, verdes y cortos, y de vez en cuando una fila morada que alguien había dejado sin segar. Se olió las manos. Seguían oliendo a lavanda, igual que en noviembre le habían olido a nuez. Pensó que llegar tarde no era lo mismo que no llegar.

Gracias por leer despacio

© 2026 Camomila Studio. Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0): puedes copiarla y compartirla tal cual, citando al estudio y sin fines comerciales; no puedes modificarla ni venderla. creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Relatos escritos con ayuda de IA y revisados a mano, uno a uno.

Ilustraciones en acuarela de Camomila Studio. Tipografías Fraunces y Nunito Sans (SIL Open Font License), que mantienen su propia licencia.

camomilastudio.com · Otoño de 2026

«Cuando no había nada que decir, no decían nada, y no pasaba nada.»

— CASCAR NUECES EN NOVIEMBRE

Un banco bajo un tilo, una anciana que siembra bellotas, dos amigas que plantan un jardín en un solar. Relatos breves para esos ratos en los que no hace falta ir a ningún sitio.

Más relatos, láminas para descargar y una pausa de un minuto en

camomilastudio.com

Camomila Studio

Pequeños momentos de calma, inspirados en la naturaleza.